

na gana hubiera oportunamente arrojado del país al santo con fuerzas del ejército ó «héchole desaparecer secretamente,» según más tarde lo aseguró repetidas veces á Nachtigal. Pero el bizarro jeque Omar, llevado de sus generosos sentimientos y de su piedad —añade Nachtigal— no quiso ni siquiera oír hablar de que se ejerciera violencia sobre un morabito ni de que se impidiera á un peregrino cumplir sus sagrados deberes, consolándose con la densidad de la población de su país y esperando paciente-mente á que regresara el fakir, que no se había dignado ofrecerle sus respetos según era costumbre. No se mostró tan impasible con él el entonces soberano baghirmio, cuyo territorio estaba asolado y despoblado á consecuencia de largos años de luchas intestinas y extranjerías, y á cuyas fronteras se aproximaba amenazador el hombre divino seguido de imponentes masas que habían tenido notable aumento en Bornú. Cuando la peregrinación hubo llegado al Chari, el rey Abd el Kader comisionó á algunos de sus más ilustres dignatarios para que saludaran al jefe de los peregrinos y le suplicaran respetuosamente que siguiera su camino á lo largo de aquel caudaloso río. El reino de Baghirmi era demasiado pequeño para poder soportar sin fatales consecuencias una emigración como la que en Bornú había tenido lugar. El monarca prometía al propio tiempo á Ibrahim enviarle los presentes que le eran debidos, asegurándole que serían dignos de una persona tan piadosa como él; pero el fakir contestó que él no se cuidaba de los reyes sino que seguía el camino que Dios le señalaba y que para nada necesitaba sus regalos. Y en efecto, pasó el río y muy pronto se le agregó un considerable número de baghirmios que abandonaron los patrios lares para ir á la conquista del paraíso. Abd el Kader se dirigió todavía amistosamente al fakir, pero habiendo recibido por segunda vez de éste una respuesta grosera, decidió arrojar por la violencia de su reino á aquel hombre altivo y á este fin salió al encuentro al frente de sus ejércitos; pero era tan grande el miedo que aquel hombre de Dios inspiraba aún á los mismos soldados del rey, que éstos se sintieron de antemano moralmente vencidos por la fuerza milagrosa del fakir y por la cólera divina. Y realmente el encuentro fué funesto para los baghirmios, pereciendo en él el rey, sus dos hijos, algunos de sus principales funcionarios y una buena parte de sus tropas. La peregrinación, á pesar de esta victoria, prosiguió su camino remontando el Chari, como había deseado Abd el Kader, pero á medida que aumentaba su contingente perdía en cohesión, se debilitaba y se veía expuesta al hambre, á la miseria y á los ataques, hasta el punto de que el fakir hubo de apelar á las más severas y enérgicas medidas para mantener la moral y la disciplina en sus numerosas huestes. Los castigos crueles, las ejecuciones y sobre todo la miseria acabaron, sin embargo, por contrarrestar el entusiasmo religioso: la peregrinación fué perdiendo adeptos, que regresaban á su patria y de los cuales algunos centenares sucumbieron á la venganza de Mahomed. La traidora matanza de algunos centenares de árabes que regresaban de la peregrinación valió á Mahomed el nombre de Abu Sekkín, que significa «padre del cuchillo.» A pesar de todo, la peregrinación compuesta de tan heterogéneos elementos siguió avanzando hacia el Sud y el Este hasta llegar al territorio de los paganos búas, quienes dieron muerte al fakir. A consecuencia de este suceso quedó disuelta aquella colosal caravana, pues si bien los peregrinos eligieron un sucesor al fakir difunto, viendo el nuevo jefe el mal éxito de sus esfuerzos emprendió á su vez el regreso á su patria, pereciendo sus acompañantes víctimas de las asechanzas é intrigas de Abu Sekkín. Muchos expedi-

cionarios fueron asesinados, algunos intentaron volver á sus hogares, otros procuraron atravesar el Wadai para encontrar el camino de la Meca y no pocos acabaron por abrazar las ideas de éstos.

CAPÍTULO VI

ÁRABES Y PUEBLOS DE PROCEDENCIA ÁRABE EN NUBIA Y EN EL SUDÁN

«El tema propio, único y más profundo de la historia humana es siempre el conflicto entre la irreligión y la fe.»

GOETHE.

Traje.—Adornos.—Armamento.—Vivendas.—Ganadería y nomadismo.—Origen de los animales domésticos del Este de África.—Agricultura en el Snd de Arabia y en Nubia.—Alimentación.—Industria.—Castas de industriales en la Arabia del Sud.—Industrias nubias.—Los árabes como navegantes y como comerciantes.—El comercio nubio.—Los *seribes*.—Carácter y cualidades intelectuales.—Condición de la mujer.—La familia.—Poligamia.—La tribu y el Estado.—Retrosceso político.

El traje del árabe nómada en tan sencillo y apropiado al modo de ser de éste, que desde hace mucho tiempo apenas ha podido sufrir la más ligera modificación. Entre los árabes del Centro y del Norte la más extremada sencillez en el vestir no ha rebajado en lo más mínimo el valor y la consideración del hombre. Mahoma y su sucesor Omar despreciaban todos los adornos y el primero remendaba por sí mismo sus sandalias. Los elementos de ese traje son: una larga camisa blanca ceñida al cuerpo por un basto cinturón de cuero, la capa parda ó listada de blanco y negro á la que en los fríos países del Norte se agrega la chaqueta de piel de oveja, el turbante blanco ó de abigarrados colores, el chal ó capilla de seda ó de algodón de una vara cuadrada con franjas diagonales en los dos costados: esta prenda se coloca en la cabeza con la punta del triángulo echada hacia atrás y está sostenida por una cuerda negra hecha con cabellos ó con cordones que da dos vueltas sobre la frente y cae hasta la nuca. Este sistema de cubrirse la cabeza es altamente cómodo y práctico: la cuerda arrollada sobre las sienes preserva de las insolaciones y los extremos del chal pueden caer sobre el rostro protegiendo de esta suerte los ojos. Entre los nubios reduce el traje á la capa, que en forma de pañuelo grande de algodón se arrolla al cuerpo. Las sandalias cuyas correas se atan por delante y pasan por entre los dos primeros dedos del pie vienen, al parecer, siendo las mismas desde muy antiguos tiempos: las de los nubios están hechas de una sola pieza de cuero. Más sencillo es todavía el traje de las mujeres compuesto únicamente de una ancha y larga camisa azul cuyas holgadas mangas de dos metros de longitud hacen las veces de abrigo para la cabeza, de capa y de túnica: las ricas llevan además una especie de capa. Un pañuelo tapa la parte inferior del rostro de las mujeres. El traje de los árabes sedentarios del Sud es muy diferente del que acabamos de describir y consiste, en las cercanías de Sanaa, por ejemplo, en una camisa azul con largas y anchas mangas cuyos extremos se atan por detrás en la nuca, quedando por ende los brazos libres, un delantal blanco puesto encima de la camisa y una venda azul en la cabeza. Esto en cuanto á los hombres; por lo que toca á las mujeres llevan calzones y camisa con listas de distintos colores y un pañuelo puesto en la cabeza á modo de cofia sobre el cual suelen colocarse un sombrero de paja de anchas alas: el velo no se usa entre ellas. Hacia la cálida costa el traje

de los hombres queda reducido al delantal y sólo los ricos se ponen una chaqueta estrecha.

Los adornos que suelen llevar los hombres consisten casi exclusivamente en un cuerno de macho cabrío lleno de alguna sustancia aromática, especialmente almizcle de cocodrilo, que se ponen en el antebrazo izquierdo junto con unas pinzas de hierro para extraer las espinas y una pequeña bolsa con versículos del Alcorán: las mujeres llevan, además, en las orejas y en la nariz (véase el grabado de la pág. 201) aros de plata y algunas aunque pocas veces de oro, brazaletes y broches de plata en los tobillos y muy á menudo campanitas y corales en los extremos de sus trenzas (véase el grabado de la pág. 203). Las sortijas de plata con ó sin cornalina, una cuerda con pedazos de cornalina pulida en ella ensartados puesta á modo de cinturón, y las cadenas de cuentas de cristal ó de ámbar indican que los nubios figuran en el número de los pueblos africanos que más se adornan. La estima en que son tenidas ciertas piedras preciosas, como las ágatas negras con aguas blancas, denominadas por los nubios *sommit*, que se llevan con preferencia en el cuello, parece ser hija de la influencia egipcia.

Como peinado encontramos entre los beduinos los bucles ó las trenzas caídas sobre las sienes. Los hombres suelen también llevar la cabellera suelta. Las mujeres se tatan las manos, los pies, el rostro y el pecho, los hombres únicamente las manos; aquéllas se pintan de negro los bordes de los ojos, de azul el labio inferior y de carmín las mejillas. Es costumbre general entre los árabes y los nubios untarse el cuerpo con grasa. Para que el tocado sea completo péinanse su abundante cabellera sobre la cual echan á manera de polvos una manteca blanca y brillante preparada de un modo especial: á medida que el día avanza esta grasa se derrite y entonces el cabello aparece sembrado de gotas como de rocío, hasta que éstas van desapareciendo poco á poco, y al deslizarse por la nuca y por los hombros comunican á la oscura piel un brillo que da á esas esculturales figuras el aspecto de antiguas estatuas de bronce (Lepsius). Los hombres llevan, además, en la cabeza una larga aguja, ó una cerda de puerco espín, ó un palito de madera ó de hueso que se clava en el cabello (véase el grabado de la pág. 69 del tomo I). Las mujeres se hacen unas trenzas muy delgadas.

El árabe va armado de espada corta y recta ó puñal, de la lanza á que hace ya referencia la Biblia, y del largo fusil de pedernal con incrustaciones de latón llevando la pólvora necesaria en un cuerno de carnero. De estas armas la principal es indisputablemente la lanza, que no ha podido ser, hasta el presente, derrotada en el interior de Arabia por el fusil de mecha: el pobre beduíno que viaja á pie, lleva consigo dos lanzas, una corta y otra larga. El arco, la azagaya y el escudo han desaparecido en la actualidad á consecuencia de la importación de las armas de fuego. El casco y la coraza se usan todavía entre las tribus que habitan al Este del Jordán: el primero consiste en una ligera gorra de hierro (*kub'ah*) terminada en punta y en una chapita delgada para proteger la nariz; la segunda en una pesada túnica con mangas de espesas mallas que llega hasta debajo de la rodilla. Las armas son para los árabes adornos y al propio tiempo distintivos de la categoría del que las lleva; por esto los comerciantes extranjeros y otros «no nobles» no pueden usar en Yambo el puñal de los beduinos so pena de verse insultados; tampoco les es dado llevar la toga del beduíno sino la camisa común del fellah. Nuestros coleccionadores conocen y aprecian las armas árabes de adorno y de lujo que revelan la influencia persa

é india. En la Arabia meridional son muy comunes las incrustaciones de plata. En opinión de Maltzán nada sienta tan bien sobre el cuerpo negro como los adornos de plata de las armas, los dos cuernos para la pólvora, la bolsa para las balas, la bandolera con incrustaciones de plata, la vaina de plata en forma de herradura, el puñal y el puño de plata de la espada. Raro es el nubio que va desarmado. Lepsius en su cuadro del desierto de Konosko nos hace un retrato exacto y lleno de vida del nubio: «Los guías que delante de nosotros caminaban, llevaban sencillos paños arrollados sobre los hombros y sobre las caderas, oprimían con su mano una ó dos lanzas de madera recia, aunque ligera con la punta y el extremo del asta de hierro, y ostentaban sobre sus desnudas espaldas unos escudos redondos ó ligeramente escotados con un ombligo de piel de girafa muy saliente.» En esta descripción solo se olvida Lepsius de la espada (véase el grabado de la pág. 205), que forma también parte del armamento: este mandoble largo y recto, generalmente de hoja de Solingen metido en una vaina de cuero rojo, se lleva colgado al hombro ó al brazo por medio de correas cortas; algunas veces, cuando es demasiado largo, se lleva simplemente en la mano. En los reinos independientes que existían en Nubia antes de que este país fuera sometido por el bajá de Egipto, había, en el Sudán central por ejemplo, tropas armadas al estilo árabe (véase el grabado de la pág. 208).

Las viviendas dependen, como se comprenderá, del género de vida de los que hayan de habitarlas: los nómadas pobres y errantes alérganse en chozas de materiales ligeros (ramujos, paja) construidas de cualquier modo; las de los fugaces habitantes de los territorios bajos del Eufrates son de una sencillez extremada y consisten en ramas de tamarisco cubiertas de lona. Otros nómadas viven en tiendas de campaña. En cambio los sedentarios edifican sus casas con ladrillos de barro al igual que los fellahs de Egipto; pero la destrucción de las chozas de barro á consecuencia de ataques enemigos, la costumbre de no volver á pisar las viviendas una vez abandonadas, el empobrecimiento del suelo y las plagas de hormigas blancas han sido causa de que aun entre ellos prevalecieran las cabañas frágiles. Al presente constituye una excepción la casa nubia que describe Lepsius en los siguientes términos: «Rodéanos un espacio grande y cuadrado cada uno de cuyos lados tiene una longitud de 30 pies y cuyas paredes están construidas con piedra y tierra; dos troncos gruesos y ahorquillados en su parte superior sostienen un arquitebe sobre el cual descansan otros troncos que forman el techo y están cubiertos con esteras ó entrelazados. Estas construcciones me recordaron una arquitectura primitiva, cuya imitación habíamos visto en las grutas practicadas en las rocas de Beni Hassan y con la cual tenían muchos puntos de semejanza las columnas y el techo entrelazado con una abertura cuadrada en el centro, por donde penetraba la única luz que con la de la puerta (pues no tenían ventanas) iluminaba el interior de estas viviendas. La puerta se componía de cuatro troncos cortos, de los cuales el de la parte superior parecía mucho al umbral de los sepulcros del tiempo de las pirámides.» De todas las formas de chozas frágiles las más generalizadas son las llamadas *schokabes*, que, como las tiendas de campaña, pueden desmontarse y cargarse en camellos: sus paredes se componen de verguetas entrelazadas á modo de estera y pueden arrollarse fácilmente; estas esteras van clavadas á unas estacas: completa esta construcción una percha colocada oblicuamente sobre la cual se tiende un paño negro de pelo de cabra de manera que forme un techo que resguarde del sol y de la lluvia. Los *feriges* (gru-

pos de *schokabes*) se emplazan durante el período de las lluvias en las alturas y en la época seca, es decir desde noviembre á mayo, cerca del Nilo en los sitios poblados de bosques. Cada uno de estos grupos de viviendas lleva el nombre del jeque que en él desempeña las funciones de juez y de gobernador. Más hacia el Sud constrúyense las cabañas con hojas de palmera dum: el territorio de Barka proporciona estos materiales en abundancia. Las viviendas de los campesinos sedentarios de Sennar y de Kordofán consisten en chozas de paja de forma cónica que se denominan *tukel*: este sistema de construcción casi es el único que se encuentra yendo hacia el Sud. En las ciudades modernas, como Kartum, estas antiguas chozas han desaparecido y sido reemplazadas por casas de ladrillos sin cocer. Sin em-



Un árabe biskarino. (De una fotografía de Ricardo Buchta)

bargo, El Obeid tiene todavía la mayor parte de sus edificios construídos al «estilo negro.»

Arabia es el país de las ruinas: el clima, la construcción con piedra, la necesidad de la defensa y el afán destructor hijo de innumerables luchas han cubierto el territorio de escombros y de murallas. Actualmente una gran parte de la población de la Arabia meridional habita en las derruídas residencias de sus antepasados. Las casas aisladas ó agrupadas de Yemen más parecen castillos que viviendas comunes, y á la palabra castillo corresponde el nombre de *burásch* que llevan. Y en realidad no son otra cosa porque cada familia procurábase asegurar las viviendas fortificándolas y emplazándolas en los escarpados peñascos. Cuando los turcos se apoderaron del país, su primer cuidado fué deruir todos estos antiguos castillos, excepción hecha de los situados en parajes inaccesibles. Lugares enteros, como por ejemplo Hadié (capital del Djebel Rema), se componen de casas diseminadas por las vertientes de la montaña. De aquí que la idea de ciudad sea incompatible con el modo de ser de estos países. En los caminos se encuentran á cada dos millas los mercados, es decir, dobles hileras de tiendas en las cuales en días de mercado exponen sus géneros los mercaderes de las cercanías. Los cimientos de las casas suelen ser de piedra y el resto del edificio de un mortero basto: las piedras proceden generalmente de antiguas construcciones, habiéndose construído de esta suerte

es decir con restos de poblaciones antiguas, aldeas enteras como Daff, Al Kidschr y otras. A menudo las piedras están simplemente superpuestas sin ninguna adherencia, llegándose á edificar de este modo atrevido casas de cuatro pisos. Los árabes sedentarios de la Tehamma árábica habitan en cabañas de barro y de paja.

Las ciudades árabes aparecen siempre audazmente construídas en las vertientes de las montañas y las casas constan de seis y aun de siete pisos á fin de aprovechar bien el reducido espacio que cierran las murallas: irregulares arimeces y pequeñas torres dan á las calles un aspecto sumamente pintoresco; las ventanas de las mejores habitaciones ostentan en vez de cristales, que resultan demasiado caros á causa de los transportes, unas planchas finísimas de transparente alabastro. En Yemen las flores que en abundancia cubren las ventanas constituyen un adorno encantador, del que nos hace una preciosa descripción Schapira hablando de Amran. Las calles son generalmente muy estrechas y muy oscuras porque están cubiertas con bóvedas ó simplemente con tablas, esteras ó velas; el centro de las mismas forma el arroyo por donde pasan las bestias de carga y á sus dos lados hay dos pequeños pasos para las personas, siendo tal la suciedad que con frecuencia están poco menos que obstruídas por grandes montones de basura. La parte alta de los edificios del Sud de Arabia, construída con cañas entrelazadas, es de un efecto en extremo pintoresco.

En los países cálidos las cabañas y las casas más que cómodas viviendas son frescas guaridas para la noche. La posición favorita de los orientales (estar en cuclillas, agazapado y echado) hace que la mesa y la silla resulten ser muebles inútiles aun para la gente acomodada: en cuanto al diván, en Argelia sólo se le encuentra en las casas de los europeos. Para el servicio del café se emplean unas mesas casi siempre octagonales y no más altas que un taburete. En vez de armarios y de arca se ven en las habitaciones unos cofres pintados de rojo y con arabescos dorados.

Los árabes nómadas viven principalmente de la ganadería y sus rebaños se componen de bueyes, ovejas, cabras, caballos, asnos y camellos en número muy superior al que permiten criar los medios de alimentación del desierto. La cría de avestruces, animales que se extienden hasta Siria, no es tan común en Arabia como entre los ogades del país de los somalís. Los búfalos predominan en los terrenos bajos, pantanosos y llenos de matorrales, como los que tanto abundan en Mesopotamia. Los animales más importantes para los ganaderos árabes son el caballo y el camello; este último ha visto aumentar su importancia durante estos últimos tiempos gracias á que la exportación de caballos de Arabia, con ser todavía de muchos millares de cabezas al año, no produce los beneficios que antiguamente. Blunt encontró que el camello es actualmente en Nedschd el animal de carrera más usado. Los centros políticos han sido siempre los centros de la cría de caballos: en ellos tenían los ricos jeques sus yeguas compuestas de más de cien cabezas: uno de esos centros fué antiguamente Riad, la residencia wahabi; hoy lo es Heil, asiento del emir de Chammar. Al Oeste del Jordán escasean los caballos; en cambio los habitantes del Este de este río están orgullosos del número considerable de ellos que poseen. En los territorios del Sud de Arabia dedícase la población con muy buen éxito á la cría de asnos de andar rápido.

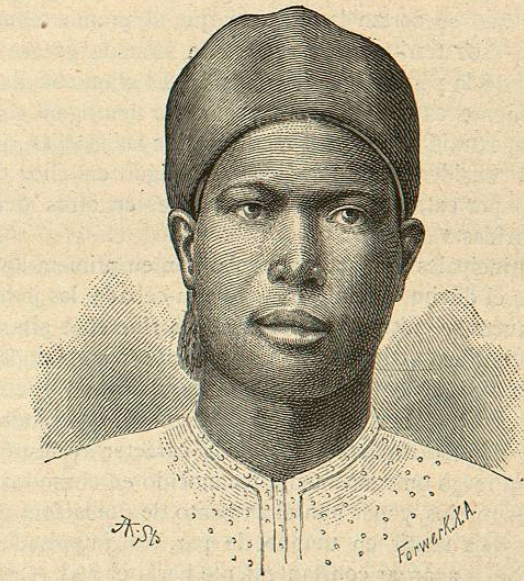
En aquellas comarcas del Norte y del Este de Darfur cuyo clima favorece la vegetación herbácea más que en otras partes de Arabia, la ganadería alcanza un desarrollo tan grande que difícilmente tiene rival en el país. Así como

los fures son los sostenedores de la agricultura, los árabes son aquí ganaderos y pastores de grandes rebaños. En el Norte de Darfur casi toda la actividad se encuentra en el pastoreo de centenares de millares de camellos. Esos ganaderos compran los cereales á sus vecinos agricultores. Mason refiere lo siguiente: «Cuando en M' Badr visité el gran campamento de los árabes homes, estimé en 30.000 el número de cabezas de ganado que á mi vista se ofrecieron; los zyhadies de Millet poseían 10.000 por lo menos é igual número aproximadamente tenían los sayas. Más hacia el Oeste, era imposible contar los camellos pertenecientes á los mahamides.» Algunos árabes criaban por excepción bueyes: entre los tales citaremos á los baggaras cuya principal ocupación era sin embargo, la cría de vacas; también se dedicaban, aunque en pequeña escala, á la cría de caballos. Los zoghavas criaban ovejas de largas y crespadas lanas.

Los rebaños y á lo sumo también las armas constituyen la única riqueza de estos pueblos. Consisten aquéllos en camellos y bueyes en primer término y secundariamente en ovejas y en cabras, escaseando los caballos y los mulos que entre los nubios septentrionales abundan más que entre los hababes y los ganes: en algunas comarcas, en cambio, se encuentran muchos asnos. Escasas son también las gallinas domésticas. El buey giboso, que indudablemente tiene afinidad con el cebú indio, es peculiar á todo el Sudán oriental y á Nubia; el buey egipcio desprovisto de giba y de cortos cuernos, era en otro tiempo muy común en estos territorios de donde desapareció casi por completo á consecuencia de la peste bovina, habiéndose conservado únicamente en la Nubia central. El buey giboso es mucho mayor que el egipcio. Algunos de estos pueblos ganaderos de bueyes sienten preferencias por determinados colores; así por ejemplo los negros (schillukes y dinkas) prefieren el color pardo claro, al paso que en los rebaños de los hassaniehs del Sudán meridional predominan las reses manchadas por el estilo de los leopardos. Entre los caballos nubios es digno de mención el caballo de Dongola, que también predomina en el alto Egipto; este animal generalmente de color negro es sumamente corredor. Los nubios montan como los árabes y como éstos también tratan y montan á los camellos. Los caballos y los camellos fueron, al parecer, importados de Arabia á Egipto y á Nubia: de igual origen puede ser una raza especial de perros de caza de la clase de los galgos que los hassaniehs y otras tribus arabeizadas estiman en mucho y utilizan para la caza de la gacela y que Schweinfurth califica «uno de los más nobles animales domésticos del Sudán.» Los schillukes poseen también esta excelente casta de perros de caza más veloces que las mismas gacelas. A todos los perros del territorio del Nilo egipcio, y también á los del Sudán, les falta el *dew claw* del pie trasero que poseen los europeos. El conde Zichy considera importadas de Yemen las gallinas domésticas encontradas entre los danakils, estando confirmado por los autores que describen las costas por éstos habitadas que entre ellas y Yemen existe un animado tráfico.

La agricultura tiene escasa importancia entre los beduinos, quienes, sin embargo, plantan en los oasis del Norte de Arabia cereales, especialmente trigo, cebada y recientemente maíz en cantidad cada día mayor. En los territorios del Este del Jordán algunas poblaciones se dedican en grande escala á la viticultura para obtener pasas; tal sucede, por ejemplo, en Salt. Yemen es el país verdaderamente agrícola: el cultivo es allí importante así en extensión como en intensidad; los riegos artificiales revisten grandes proporciones, y aun en los sitios más elevados de las ver-

tientes de las montañas á donde no pueden subir ni el caballo ni el asno se labra la tierra por medio de la azada en forma de hoz tan común en estos territorios. Schapira, hablando de la comarca que se extiende entre Sana y Seta, dice que en ella aparece el cultivo en toda su perfección y alcanzan excepcional desarrollo distintas especies de cereales: entre ellas figuran el trigo, en muy poca cantidad, la durra blanca y la roja (en árabe *chumr*), que alcanza una altura de 3 y 4 metros, y el mijo (*duchn*). Los cereales crecen en espesos manojos interrumpidos por millares de canalizos de riego, y gracias á esta abundancia de agua y á la bondad del clima pueden los habitantes de estas comarcas segar y volver á sembrar sin interrupción. Los habitantes del Sud de Yemen tienen un sistema especial para guardar los cereales después de la siega, que consiste en



Un fessán. (De una fotografía).

colocar los tallos segados entre las ramas de los árboles que en los campos crecen. Diseminados entre los árboles y los arbustos encuéntranse pequeñas chozas de paja en las cuales viven los labradores durante el período de la cosecha. Si en realidad fué el arado introducido en estos territorios por los árabes, como parece indicarlo su difusión por el Noroeste de Africa, sería muy probable que ese instrumento de labranza procediese de las comarcas sud-arábigas en donde tan gran desarrollo ha alcanzado la agricultura.

La agricultura está necesariamente limitada en Nubia á espacios muy pequeños á que puede llegar el riego artificial; pero en ellos atiéndese á su explotación casi con el mismo grado de intensidad que en Egipto, y así se explica que á pesar de la relativa insignificancia de los terrenos cultivados el número de labradores supere en este país al de nómadas. Rüppell, partiendo de las listas de tributación que calculan el número de agricultores por el de norias de riego, dedujo que en la provincia de Dongola había 94.500 labradores; en cuanto á las diez tribus nómadas se le dijo que todas juntas comprendían unos 6.750 individuos; la cifra de los comerciantes, marinos, industriales, etc., se elevaba á 3.000. La comparación de estas cifras indica cuánta preponderancia alcanza aquí la agricultura á pesar del limitado espacio en que prospera. El desenvolvimiento de la industria agrícola débese en gran parte á los riegos artificiales. Los campos recién laborados aparecen surcados por fosos á los cuales se hace llegar el agua por medio de los *schadufes* y de los *sakijehes*: consisten los primeros en